

# Cuentos de ladrilleros

Gabriel Santamaria Cortes



*Cesla 2018*

## Capítulo 1

El mar pacífico... rompe con violencia en el acantilado marrón de la población de ladrilleros. Los mulatos lo respetan, los indígenas le rezan y los de afuera aterrados de su poder quieren conocer que es lo que se siente mirarlo de frente y contemplar su inmensidad en los días de la marea alta cuando es sexto de puja y las aguas llegan mordaces para adueñarse de la playa y sentar el precedente de su señorío.

El hombre del mar se llamaba don Oscar, marino de espíritu conocedor de la mar y sus misterios, navegaba en su velero pequeño desde la palma hasta la barra y ladrilleros. Algún nativo un día le dijo: Oscar si usted se quiere ahogar hágalo solo! Pero no lleve a la mujer y al niño a sus travesías porque también los va matar a ellos saliendo de noche a frentear los vientos y las olas bravas de los primeros de Agosto. El no hacía caso. La mar y el eran uno solo, era tan íntima su relación y su misterio que el marino de siete leyes y curtidos parpados cuando estaba en un lugar desconocido con el solo hecho de meter la mano al agua y tomarse un sorbo sabía donde se encontraba exactamente.

Vivía en la punta del acantilado en una casa taller que el mismo había construido. Aquel último día en ladrilleros me recibió allá y me mostro la magnífica vista que tenía todos los días. El pacífico en pleno, las olas trayendo el espíritu del inmenso mar en un espectáculo que hacia helar la sangre y evocar cosas maravillosas pues ante tanta belleza no queda más que tener miedo y sentirse nada.

Con un cinturón grueso y una cola de caballo cana tan clara como sus ojos conocí a don Oscar. Por los mismos días doña Andrea me conto historias sobre él y como había matado a un hombre que quiso matarlo a el primero. Este hombre no se andaba con rodeos y manipulaba el puñal con una destreza temeraria y fatal. Un día un nativo cuando lo vio clavar el puñal en una palma a una gran distancia, le dijo con miedo: así mato usted a aquel hombre?

Don Oscar no respondió pues aunque se decía de él que era un asesino, él se sabía cómo hombre de paz y poseía una serenidad que le había dado el mar y su inmenso espíritu.

Todos los días lo despertaba la brisa ciega que traía la mar en sus cálidos avatares de color verde vejiga y azules de lapislázuli con brillos celestiales.

Preparaba el café, se lo tomaba frente a la vista de la costa y luego se iba a sus quehaceres de hombre solitario y curtido por el mar y la vida.

Sacaba su machete, cortaba las palmas secas y limpiaba su lote. Después se internaba en su taller a reparar aparatos de ornamentación y herrería.

Su mirada era diáfana y transparente como el mismo mar. Un día en el restaurante de doña Epifania almorzamos juntos el mejor sancocho de pescado que se podía comer en ladrilleros. Era la incomparable sopa de pescado con yuca y espinas de pescado que le daban el sabor. Acompañado de un plato de arroz, pescado frito, arepa y ensalada. Como el restaurante quedaba frente al local de doña Andrea, yo comía allí y volvía a mi tarea artesanal de hacer manillas impresas con la energía del mar.

Serían las siete de la noche cuando fui al mercado de don Martin, un mulato generoso y cordial que no dejaba a nadie morir de hambre en el pueblo. Solo quería un cuarto de biche para cantar un rato y luego después del último cigarrillo del día irme a dormir con una respiración en mi diafragma que sentía como el mismo oleaje del pacifico estuviese en mis entrañas.

Los colores del océano cambiaban con las mareas y las pujas pero el oscuro verde perlado que se percibía tanto de día como de noche no se mudaba por nada.

Yo quise nadar en lo profundo pero don Oscar me advirtió que hay corrientes a las que hay que tenerles respeto pues si lo cogen a uno se lo pueden llevar y ahogarse sería más fácil que contemplar los pelicanos en las tardes de la isla de la palma donde estas aves se agolpan en la vegetación para descansar.

Los amigos del mar lo entienden y reciben su energía, se puede percibir su paz a distancia y solo por el modo de caminar se puede dilucidar que han aceptado el mar y su paz para con ellos mismos. Los que llegan solo para llevar su mala energía y continuar estresados por la vida y las cosas materiales, los odios, el rencor y lo superficial, se van como llegan, sin sentir el amor del mar y sin haber experimentado su grandeza y su regalo de serenidad y paz inmensas.

Solo concluyo que los misterios del pacifico seducen y atrapan el alma del visitante con una fuerza mágica. Mi paso por las playas de ladrilleros fue fugaz pero me dejo marcado un cariño fehaciente hacia este lugar y su gente.